

RAMÓN ACÍN EN SU OBRA LITERARIA¹

José Luis CALVO CARILLA*

RESUMEN.— El presente artículo destaca los valores literarios de los artículos periodísticos de Ramón Acín Aquilué y los presupuestos ideológicos que los cimentan. Menos conocido como escritor, se sintió acicateado por una voluntad literaria con la que logró trascender en muchos de sus artículos la inmediatez del panfleto político y de la foto fija del costumbrismo para dejar un vivo testimonio de la realidad social de su tiempo. Caricaturas sociales, desgarrados aguafuertes, visiones urbanas de hambre y miseria constituyen algunas de las fijaciones temáticas de la prosa aciniana, fraguada en sintonía con el expresionismo alemán y con manifestaciones irracionistas autóctonas como el *esperpento*.

PALABRAS CLAVE.— Ramón Acín. Anarquismo. Expresionismo literario. Literatura. Periodismo.

ABSTRACT.— This article highlights the literary values of the journalistic articles of Ramón Acín Aquilué and the ideological assumptions that consolidate them. Lesser known as a writer, he was spurred on by a literary approach that enabled him, in many of his articles, to transcend the immediacy of the political pamphlet and the still photo of *costumbrismo*, to leave a living testimony of the social reality of his time. Social caricatures, heartbreaking etchings, urban visions of hunger and misery are some of the themed fixations of Acín's prose, consistent with German expressionism and with autochthonous irrationalist manifestations such as the *esperpento*.

* Universidad de Zaragoza. jlucalvo@unizar.es

¹ Texto elaborado a partir de la conferencia impartida el 24 de octubre de 2013 dentro del coloquio *Ramón Acín a través de los textos*, uno de los actos organizados con motivo del 125.º aniversario del nacimiento del artista.

UN ESCRITOR CASI CLANDESTINO

El pintor oscense Ramón Acín Aquilué (1888-1936) no solo destacó como artista plástico. Fue también el autor de un centón de espléndidas prosas periodísticas que bien podemos etiquetar de literarias. Básicamente por tres razones: existe en ellas una voluntad estética; continúan la brillante tradición literaria de la prensa española y poseen unos valores intrínsecos específicamente literarios. Justificaré brevemente estas apreciaciones.

En primer lugar, las prosas del escritor oscense responden a la clara voluntad artística que expresan afirmaciones como la siguiente:

Con este artículo, mejor dicho, este medio artículo de hoy, escrito hace días, me pregunté más de una vez: ¿lo publico?, ¿no lo publico? Si nos hallásemos en la época de las margaritas, al modo del ¿me quiere? ¿no me quiere? de los enamorados, se lo habría preguntado a las margaritas.²

Hay que subrayar a este respecto el hecho de que el Acín maduro de mediados de los años veinte tenía muy claro su propósito de recoger en un volumen sus prosas periodísticas (más bien, las tenía recogidas ya, aunque el libro seguía sin publicar en 1925).³ Pero lo más sorprendente es que dos años más tarde volverá a confirmar que es autor de una extensa producción literaria inédita:

Como un dependiente cualquiera del ramo de comestibles, tengo mis arcas llenas de dramas y comedias esperando el actor que las lance o el editor que las dé a luz. Mis artículos, que tan buena acogida les guarda el director de este diario, no es cosa queden también inéditos y haya de sumarlos al mamotreto de mis papelotes sin editar.⁴

En segundo lugar, porque sus escritos periodísticos entroncan con una larga tradición española de creación literaria en la prensa, desde aquellos dieciochescos *libros del pobre* y la afilada pluma romántico-social de Larra hasta la brillante floración contem-

² “Huesca y sus forasteros. Con un prólogo cuasi comunista. II y último”, *DH*, 1927. En mis referencias a los artículos de Ramón Acín mencionaré solamente el año de publicación y el medio, generalmente *El Diario de Huesca*, que cito de forma abreviada (*DH*). Para la información bibliográfica, remito al útil trabajo recopilatorio *Ramón Acín: la línea sentida*, DVD interactivo realizado por Emilio Casanova y Jesús Lou, Huesca, DPH / Gobierno de Aragón, 2004.

³ “El Arca de Noé”, *DH*, 1925.

⁴ “Huesca y sus forasteros. Con un prólogo cuasicomunista. II y último”, art. cit.

poránea de Acín, en la que confluyeron al menos tres grandes hornadas de escritores: la de Galdós y Pardo Bazán, la del 98 y la del 14, sin contar con la existencia de una pléyade de periodistas de gran calidad de página dispersos por todas las redacciones de la geografía nacional.⁵ Y la tercera razón para considerar las prosas de Ramón Acín como literarias queda justificada porque estas sumergen al lector en una rica y apasionante biografía interior caracterizada por multitud de estímulos intelectuales y estéticos.

Las características de la prosa de Ramón Acín aparecen de forma diáfana desde sus primeros trabajos periodísticos de 1913, en los que apunta ya el sello personal de quien se considera un “indignado” (sic) que escribe pisando los callos de la sociedad a la que se dirige:

Cada artículo que yo escribí indignado, aunque fuera santa y justa la indignación y no echase en olvido la eubolia o ciencia del buen decir, se me negó un saludo, me silenció un periódico para siempre, o se me abrió un proceso o una puerta a cal y canto se me cerró para siempre.⁶

Por lo tanto, si bien estos artículos primerizos de Ramón Acín obedecieron a un impulso espontáneo —fruto de la necesidad de expresarse en un lenguaje diferente a los que había ensayado hasta entonces—, el conjunto de su obra periodística debe contemplarse hoy como un corpus artístico autónomo, complementario, hasta cierto punto, de su plástica —en concreto, del dibujo, de la viñeta o del mono o caricatura gráfica—, pero, en última instancia, con un valor literario propio.

Esa escritura espontánea y permeable con que redacta sus primeros artículos aparece fecundada por los estímulos más inmediatos que recibe de su entorno: en primer lugar, por el idiolecto plástico que viene practicando como pintor y, en segundo lugar, por los heterogéneos lenguajes literarios contemporáneos que están en el ambiente. Entre estos debe citarse en primer lugar el discurso mesiánico de Costa (fallecido, no se olvide, dos años antes en su retiro de Graus). La vehemente resonancia de la palabra del Grande Hombre encontraba su sostén retórico en largas series de advocaciones, maldiciones y gritos proféticos, y en la traducción de sus ideales sociales a un

⁵ Según la *Estadística social* (1903) de Ernesto Bark, a comienzos del siglo XX existían 37 periódicos diarios en Madrid y 147 en el conjunto de España, con 4000 periodistas en plantilla. Añádase a esto la inmensa cantidad de revistas culturales y literarias.

⁶ “El valor moral. Los futbolistas y los futbolaires”, *DH*, 1920.

lenguaje bíblico vetero y neotestamentario. A la facilidad de asimilación del por otra parte contagioso lenguaje costista y del verbo corrosivo de su amigo Manuel Bescós, *Silvio Kossti* —quien, después de *Las tardes del sanatorio* (1907), recogería en 1920 sus *Epigramas* en un volumen lleno de acidez—, deben añadirse unas gotas de mística nacionalista difusa al modo de Azorín, Baroja y del Machado de *Campos de Castilla*.⁷ Sin olvidar, por supuesto, la influencia castiza de Luis López Allué —quien, por cierto, es autor de un poco leído “Cuento anarquista”—. López Allué había abierto las puertas de *El Diario de Huesca* a los dibujos y las primeras colaboraciones literarias de su joven amigo y admirador, a quien legó el *oscensismo* que está en el fondo de muchas de sus colaboraciones en el periódico.

Quiero detenerme brevemente en este aspecto —la fibra castiza y terruñera, concretada en una visión intemporal y entrañable de su ciudad—, que con frecuencia se halla presente en sus escritos como contrapunto a su discurso internacionalista. ¿Características? Ramón Acín observa un profundo amor por las gentes y por el sentir de su tierra, en la que hasta las manifestaciones aparentemente más chuscas descubren un fondo espiritual y humano que las dignifica. En este sentido, son constantes en sus artículos los recuerdos y los guiños afectivos a Huesca lanzados desde Barcelona o Madrid. Es el caso de su crónica “Regloncico aparte” (“Cada entremés [de *Juan del Triso*] me hace pasar la lengua por los morros como si fuera mostillo”). Costumbrismo sano (costumbres, fiestas de Huesca, recuerdos de su infancia...), solidario y un punto autocomplaciente, reducido a unos pocos rasgos austeros de enorme expresividad plástica. Uno de los fragmentos más representativos es el siguiente, redactado con motivo del estreno en el Centro Aragonés de Barcelona de una comedia de su mentor titulada *Buen tempero*:

Tienen ellos [los mozos oscenses de la obra de López Allué] el cuerpo fuerte y recio como las encinas, sus brazos de venas retorcidas y músculos salientes son como ramas, sus cabelleras de pelo basto como el esparto asoman por los *cacherulos* como nidos de picaraza, y a ese cuerpo y a esos brazos los sostienen dos piernas.⁸

⁷ Véase la magistral descripción de la procesión de Salas titulada “El nazareno abandonado”, que se reproduce en el texto n.º 3 del apéndice final de este artículo.

⁸ “*Buen tempero*, en Barcelona”, *DH*, 1913.

ANARQUÍA ESPIRITUAL Y LITERATURA

Pero la característica que en los textos de Ramón Acín sobresale por encima de las demás es la inspiración anarquista de su escritura, reconocible en un discurso idealista e iluminado⁹, cuya sed de ideales sociales inalcanzables está próxima a la expresión de la sed de ideales infinita de la literatura modernista.¹⁰

Desde sus primeros balbuceos en la prensa, el artista oscense se presenta en su más palpitante radicalidad:

Odio todas las cosas, que las cosas todas tienen su lado odioso; las amo a todas, que todas tienen algo que las hace amables. Por eso mi lápiz y mi pluma (los dos torpes, de principiante) se mojan en dos colores: uno rosa, como las mejillas de las adolescentes; el otro negro rojizo, como el color de los ataúdes a medio pudrir y las gangrenosas heridas de puñalada. Si alguna vez hubiese de dibujarme un *ex-libris*, sería este una chulona tocando unas castañuelas, y bailando sobre el agujereado cráneo de un uncido. El término medio en todo, donde están los horteras, los prácticos, los adaptados, me asquea; si alguna vez dejase de ser revolucionario, con la puntera de la bota metido en la anarquía, sería para irme a un monte, a vivir en una ermita y llamar, como el místico, al agua “hermana agua”, y al lobo “hermano lobo”. Soy español, y como si no fuese bastante esto para estar orgulloso, soy aragonés.¹¹

Los dos mencionados artículos de 1913 en la efímera revista anarquista *La Ira* muestran su pensamiento radical sin asomo alguno de pudor. En el primero, un antimilitarista “Id vosotros”, rechaza frontalmente la guerra de Marruecos y la redención por dinero, mientras que en el segundo, “No riáis”, hurga sin contemplaciones en los podridos e hipócritas entresijos de esa misma clase social dominante que envía a los mozos pobres al matadero africano. Se hace obligado insistir en la fogosidad de estos incendiarios artículos, en primera línea de la literatura de rebeldía y de denuncia que se manifestó en la España de las primeras décadas del siglo al calor de unas circunstancias histórico-sociales conflictivas.¹² Acín compartía la pureza de intención y los arrestos de una nueva

⁹ Como se ha señalado, en 1913, año en el que Acín comienza a publicar sus artículos, están vivos todavía por su cercanía en el tiempo los acontecimientos de la Semana Trágica.

¹⁰ DUEÑAS LORENTE, José Domingo, *Costismo y anarquismo en las letras aragonesas: el grupo de Talión (Samblancat, Alaiz, Acín, Bel, Maurín)*, Huesca, Rolde de Estudios Aragoneses, 2000.

¹¹ “Autorretrato. Así soy yo”, *DH*, 1913.

¹² En 1921, al ver las manifestaciones del Primero de Mayo en Madrid, Acín se definiría a sí mismo de nuevo frente a los convencionalismos sociales, siquiera estuvieran estos inspirados por la más revolucionaria de las intenciones:

generación espartaquista destinada a sacrificarse por su ideal (¡¡¡¡¡así clavasen a todos sus miembros en la Cruz o los asasen como a san Lorenzo!!!). Cabe recordar a este respecto que Acín firmó en varias ocasiones sus cuartillas como *Espartaco*, en no velada alusión a su sintonía con la liga revolucionaria alemana de tal nombre.¹³

He aquí unos jóvenes, unos muchachos (Moreno y Albar no llegan a los veinte) firmes y joviales. He aquí la nueva generación que ha de traer un mundo nuevo. He aquí unos jóvenes que saben de firmeza y de jovialidad; que se chancean hoy en la cárcel de la piojina que les pica y que mañana si les llega la hora de extender los brazos en la cruz de un Gólgota, sin habérselas dado de redentores ni esperar la recompensa de la gloria, no serán sus últimas palabras para echar cobardemente en cara al Padre el abandono en que dejó a su Hijo.¹⁴

A la luz de estos testimonios, parece meridianamente claro que los orígenes ideológicos de Ramón Acín estuvieron especialmente vinculados a actitudes radicales, a partir de las cuales evolucionaría con los años hacia un anarquismo menos estridente cuyo componente fundamental fue una actitud ética ante la sociedad de su tiempo (temperamento de innovación y de crítica rigurosa, enérgico espíritu de protesta contra todo lo irracional y lo ilógico, contra cualquier especie de acto que hiriese la libertad individual). Más próximo al anarquismo intelectual de Azorín que al dinamitero de Ravachol, el oscense podría haberse preguntado con el autor de *Anarquistas literarios*:

¿Qué hombre amante de la lógica, de la justicia, de la libertad, no es anarquista? (¿Quién negará que siempre y en todas partes los ha habido? Lo son Sócrates, Platón, Plotino, Zenón, Pitágoras [...]; lo son Sempronio Graco y Escipión Emiliano [...];

“Varios años me ha cogido aquí en Madrid el primero de Mayo. Al ver el desfile de la manifestación obrera, actuaban sobre mi espíritu de juventud dos fuerzas contrarias. El amor a la rebeldía y a la emancipación pugnaba por sumarse a la muchedumbre proletaria. Mi odio a las banderitas, al rebaño que paseaba sus lanas lacias y puercas ante los ojos de quienes lo habían luego de trasquilar, impedíanme ser uno más en aquella procesión bufa, familiar, sin nervio, antes que coco de poderosos, motivo de regocijos o de lástima, que es algo peor. Aquí en Madrid, celebrarán una vez más la fiesta del trabajo al modo socialista y madrileño; después de la procesión, se lanzarán al campo a comer una paella de mal arroz y llenos de fantasía, a los cuatro chupitos de valdepeñas, los piltrafas de vaca tísica se les antojarán higadicos y criadillas de burgués” (“Otra procesión”, *Lucha Social*, 1921).

¹³ *Liga* o movimiento revolucionario marxista alemán cuyos principales fundadores fueron Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Se desarrolló durante los últimos años de la I Guerra Mundial y tuvo su apogeo durante la Revolución alemana de 1918. El nombre del movimiento hace alusión a Espartaco, quien encabezó la mayor revolución de esclavos de la historia de Roma.

¹⁴ “Espigas rojas”, *El Comunista*, 1920.

lo es Carlos III, expulsando a los jesuitas y declarando en una pragmática forzosa que todo trabajo es honroso y que solo la vagancia envilece; lo son Jovellanos y Macanaz, combatiendo la propiedad de manos muertas...¹⁵

Más que ser un defensor de la bomba callejera y de la propaganda por el hecho, asumió la liberación del hombre por el camino de la educación y de la cultura, sin dejar por ello de participar en la organización de cuantas actividades revolucionarias surgieron en tan tumultuosos años como los que le tocó vivir. El propio Acín confesaba en 1921 que era de los que no saben que son anarquistas y, sin embargo, profesan un anarquismo de espíritu.

EL EXPRESIONISTA QUE ESCRIBÍA “CON LOS HÍGADOS”

Ese fermento anarquista se plasmó en una actitud intelectual apasionada y mesiánica que en los años de la Gran Guerra le impulsó a empuñar la pluma y, en última instancia, a “escribir con los hígados” y “apretándose el corazón”. “Elegía de las arboledas tronchadas” (1918) testimonia la emoción y el dolor provocados por la cruel conflagración mundial. Pero, sin llegar al clímax de lirismo de este poema, una buena parte de sus artículos responden a una escritura cuyos airados trazos desgarran el papel y azotan las conciencias burguesas como el trallazo de un látigo (“Quisiéramos que este escrito hiciera el efecto de un latigazo en pleno rostro al que lo leyere”), a una prosa provocadora, susceptible de amargar la sensibilidad del lector: una “prosa loca y desaliñada siempre, y con irreverencias las más de las veces”. Una prosa, en suma, de filiación vanguardista y a la que incluso podría atribuírsele cierto automatismo intuitivo precoz (“Unas cuartillas en blanco son como un cesto de cerezas y la pluma es como una mano que metemos en él; no sacamos la cereza o las cerezas que queremos, sino que nos salen las cerezas que nos salen”).

¹⁵ La obra azoriniana está presidida por una conocida definición de anarquista francés Félix Dubois (1862-1945): “¿Qué es un anarquista? Un hombre dotado del espíritu de independencia bajo una o muchas de sus formas (temperamento de oposición, de examen, de crítica, de innovación), animado de un gran amor a la libertad y poseedor de una gran curiosidad, de un vivo deseo de conocer. A una tal mentalidad hay que añadir un ardiente amor al prójimo, una sensibilidad moral muy desarrollada, sentimiento intenso de la justicia, sentido de la lógica y poderosas tendencias a la lucha... En resumen: un individuo batallador, independiente, individualista, altruista, lógico, deseoso de justicia, observador, propagandista”.

Llegados a este punto, se hace necesario aclarar que, al hablar de vanguardias, me estoy refiriendo a esa violenta expansión inicial, abigarrada, confusa y agresiva, que llegó a España con el estallido de la Gran Guerra y exigió de los artistas y creadores un decidido paso estético *más allá* de la estética dominante: un *más allá* ultra-modernista, ultraísta o simplemente *ultra*. Y en ese abigarrado y caótico contexto de recepción de los primeros ismos de procedencia europea tuvo un lugar de privilegio la vanguardia expresionista.

Todavía hoy el expresionismo viene considerándose ante todo como un grito de protesta y de rebeldía política, social y artística de naturaleza inequívocamente vanguardista, y *El grito* de Munch sigue siendo su mejor exégesis crítica. Un grito humano, que nace de las entrañas del ser como una “explosión de interioridad” (Casimir Edschmid). Un grito de patetismo y de violencia expresiva que, más allá del lector individual, se dirige al *hombre universal*. Ha podido afirmarse a este respecto que, en última instancia, el expresionismo buscó un intercambio más activo entre el arte y la vida, entre la *tensión existencial* y la *tensión estética* del artista, en una nueva definición de la experiencia creadora como *Erlebnis* o *vivencia total*. En este sentido, la declaración de intenciones del mejor Ramón Acín en su prosa más madura coincide con las premisas más avanzadas de su tiempo y, en concreto, con las premisas de la vanguardia literaria expresionista: aquella en la que los medios estilísticos tienden a turbar el equilibrio psíquico del lector forzando el lenguaje; aquella que logra conferir a los propios sentimientos la fuerza del grito desgarrador o del paroxismo místico, despojando casi sus palabras de toda humana concreción, y que tiende hacia la deformación grotesca de la realidad:

Quisiéramos que este escrito hiciera el efecto de un latigazo en pleno rostro al que lo leyere; quisiéramos que, todavía no repuesto de la brutal prevención, sus oídos escuchasen estas palabras nuestras como imprecaciones, como insultos, como blasfemias; quisiéramos que nuestro lenguaje despertase en el lector la cólera, la ira, la acometividad; pero a falta o en vez de estas manifestaciones viriles, momentáneas, ineficaces, queremos ver asomar a los rostros el rojo de la vergüenza y en las almas el noble sentimiento de humanidad y de justicia social. Queremos, en fin, despertar conciencias. Y si para ello recurrimos al grito como los energúmenos y los posesos es porque nuestros nervios vibran en su máxima tensión, y porque nuestros corazón y cerebro, congestionados en fuerza de acumular serenidad y paciencia, saltan y se desbordan por cima del cauce regular y ecuánime.

El cauce del que se sirve Ramón Acín —el periódico, unos artículos incisivos y fragmentarios, textos a vuelapluma, breves postales y e incluso sucesiones de

fragmentos— y, de modo especial, su lenguaje provocador, del que no está ausente una cierta tonalidad *miserabilista*, perfilan los contornos de un escritor expresionista.

ACÍN, CARICATURISTA

Aislaré solo, a título de ejemplo, algunas dimensiones de la prosa aciniana: su habilidad para la caricatura, su visión de la gran ciudad moderna y su pacifismo. Tres características que lo alinean de forma inequívoca con el expresionismo literario.

El Acín caricaturista se expresa mediante hipérboles y generalizaciones esperpénticas y degradadoras. Destacan de modo especial sus subrayados sombríos, ácratas y escatológicos:

Yo tengo un dibujo inédito que lleva por título las palabras de Cristo: “Dejad que los niños se acerquen a mí”. Una fila enorme de monjas de tocas blancas y de sayales negros, como palomicas injertas en cuervos, tienden las manos regordetas a unos pequeños que van pasando bajo el arco ojival de los pubis grandes, mondos y lirondos, de un enorme esqueleto.¹⁶

Acín aplica con preferencia su lente deformante a las composiciones de grupo, en aguafuertes sociales de factura grotesca al modo de Grosz, Bagaría o Gutiérrez Solana, títeres, marionetas, circo, guiñapos, señorones o señoritingos:

¿Qué decís, que decís? ¿Que cada día hay menos miseria? Cierito, señores, señorones y señoronas y señoritas señoritingos, cada día hay menos miseria porque se acerca la Justicia acogotando caritativos sin caridad.

Sus modelos son el Goya de los aguafuertes y el Velázquez “hiperrealista y goyesco”. De ahí que moje con preferencia su pluma en tinta negro rojiza (“como el color de los ataúdes a medio pudrir y las gangrenosas heridas de puñalada”).

Y con pulso vehemente, destemplado y enérgico recorre febrilmente el *via crucis* social español y europeo de entreguerras en raptos de fiebre iconoclasta y de rebeldía ante la injusticia y la represión. Así, por ejemplo, en el mencionado “No riais” (1913) o en “Lenguaje iconoclasta” (1917), donde, a partir de visiones esperpénticas de la realidad

¹⁶ “Espigas rojas”, *Floreal*, 1920.

que le rodea, desenmascara la despersonalización y la uniformización igualadoras impuestas por el poder, con todas las secuelas que implican de regresión, locura y aniquilación de lo genuinamente humano radicado en el mundo animal o instintivo:

Estamos de chin-chín y de guiñapos hasta la coronilla. Esos desfiles marciales que la multitud estúpida contempla embobada, nos fastidian e irritan como todo lo uniforme y como la igualdad social métrica con la que sueñan los socialistas de alma esclava con mecanismo automático.

Nos da horror pensar en el triunfo de la uniforme-igualdad como horror nos daría ver aparecer el arco-iris de un solo colorido.

Lo Bello es vario, y las facetas y los puntos de vista múltiples son las inquietudes que nos propulsan a la consecución de un Ideal, que es más hermoso cuanto más lejano.

Las masas sublevadas son bellas porque las impulsa un anhelo común, libre como su voluntad soberana, que no responde a voces de mando ni se presta a alineaciones borreguiles.¹⁷

EL IMPACTO DE LA GRAN CIUDAD

Según confesión propia, Ramón Acín marchó a Barcelona en 1913 con un hatillo en el que llevaba por todo equipaje un calcetín y la *Vida de Pedro Saputo*. Pronto haría causa común con otros libertarios aragoneses y asumiría como propia la cosmovisión anarquista del grupo.¹⁸ El impacto de Barcelona debió de acentuar no solo la nostalgia de Huesca, sino el sentimiento de anonadamiento y extrañamiento interior, de sentirse perdido en la gran ciudad, desarraigado y confuso en el mareante flujo humano de la urbe moderna. Baja a pie el Tibidabo, cruza las grandes avenidas y sorteja lujosos automóviles que transitan por ellas para fijarse en el lado oscuro y deshumanizado de la gran ciudad, en “las calles estrechas del Rabal, donde el sol no entra, y los andrajosos y los perros hurgan con sus manos y sus hocicos en las basuras del suelo”.¹⁹

La misma visión esperpéntica de tópicos urbanos vueltos del revés imagina en otro artículo del mismo año (“Yo no he estado en Madrid”, 1913). Lo suyo es el Museo del Prado y, sobre todo, Goya. El resto —el Madrid zarzuelero— había dejado de interesarle. Detestaba las bufonadas matinales “del borracho ‘Garibaldi’” y las músicas

¹⁷ “Lenguaje iconoclasta”, *Lucha Social*, 1922.

¹⁸ Véase DUEÑAS LORENTE, José Domingo, *op. cit.*

¹⁹ *DH*, 1913.

del relevo de la guardia de palacio. Ni se marcó “una habanera en media baldosa” ni bajó a comprar deshechos o pintura falsificada a esa especie de “buhardilla del todo Madrid” que es el Rastro. Ni tomó café en Fornos ni comió “pájaros fritos en las tabernas”...²⁰ La contemplación de un grupo de desheredados vagabundeando por las calles de la capital de España le inspira este bronco aguafuerte:

Los grupos quedan prohibidos, dice la ley marcial.

En una calle, por no decir en todas, vi este:

Un viejo, astroso y viejo como los apóstoles de Rivera (piojosos de vía romana); una mujer hética con un crío en brazos, blando y pálido como de Morales, mordiendo más que chupando el pezón de una teta fofa. Entonando el cuadro, un lisiado de Steinel con las piernas en una sacramental, y un perro flaco y sarnoso como el de Alcibiades.

¡He aquí un grupo tolerado por las leyes de paz y de revuelta!

Yo no creí en la generación espontánea hasta llegar a este Madrid de nuestros pecados. En lanzando un grito de los que dieron en llamar subversivos, surgen guardias y policías de los adoquines de las calles y de las paredes de las casas y del aliento de los pencos de los carruajes.

Todos los estudios microbiológicos de Pasteur, échanlos por tierra estos macroorganismos enmonterados y con sable.²¹

Y en sus “Notas inéditas escritas en Madrid antes de la huelga, en la huelga y después de la huelga llamada de las veinticuatro horas”, su pluma cobra tintes barojianos al presentar la gran ciudad como un informe amasijo de pobres y marginados:

En los soportales duerme más gente que de ordinario. Están hechos ovillos; la panza vacía, pegada a los muslos, y la nariz helada, aprisionada entre las rótulas como en un alicate. Tiritan como pajarracos en mañana de nieves.

²⁰ “Yo no he estado en la Puerta del Sol a las doce de la mañana cuando cae la bola del reloj de Gobernación, ni he reído por las calles las bufonadas del borracho ‘Garibaldi’, cien veces más popular en Madrid que en Roma lo fuera el auténtico héroe; yo no asistí los días 11 de cada mes y los días 20 y los días 31 a ningún sorteo de lotería con un décimo en la mano y con el corazón hecho un higo seco como si me sortearan para Marruecos; yo no subí las dos docenas de escalones del Senado ni la docena y pico del Congreso; yo no escuché las músicas del relevo de Palacio ni vi asomarse a Sus Majestades al balcón, ni he pedido a ninguna amiga de ministro ni a la amante esposa de portero alguno un empleo en Hacienda para entrar a las doce, leer la Prensa y salir a la una; yo no bajé al Rastro, especie de inmensa buhardilla del todo Madrid, a comprar un Greco o un Murillo por dos pesetas, ni estuve en La Bombilla a marcarme una habanera en media baldosa, ni jugué al corro en el Retiro con las niñas, ni tomé café en Fornos en la mesa que Zorrilla lo tomaba, ni comí pájaros fritos en las tabernas, ni lloré en la calle de Sevilla la cogida en Méjico de Vicente Pastor. Yo no he estado en Madrid”.

²¹ “Del Goya de los aguafuertes”, *DH*, 1918.

Hay gentes ahora que piden limosna sin cantilena de pedigüños. Se les ve azoramiento en el rostro y se adivina ira en los puños. La ristra de lástimas que nos cuentan no están cortadas con patrón de mendigo; uno es el lenguaje de la necesidad y otro el de la hamponería y la desvergüenza.

Anda la gente por esas calles de Dios o del Demonio, abriéndoseles la boca acompasadamente como a cucú de reloj; parecen admirados de algo extraordinario; es como si les hiciese muecas la Luna o viesen a Santiago que bajaba en una brazada otra vez a la Pilarica.

LA BELIGERANCIA CONTRA TODAS LAS GUERRAS

Paralelamente a su sombría serie de viñetas sobre la I Guerra Mundial, Ramón Acín escribe varios artículos —hasta cierto punto, comentarios de estas— donde da rienda suelta al pesimismo y a la conmiseración ante los oscuros destinos de la humanidad:

En el siglo de hoy, solo es realidad el canto del búho a la caída de la tarde, cuando la tierra toma tintes morados como las ojeras de un moribundo, y no más que un canto es el canto del gallo a la mañanada, cuando asoma el sol y sonríe la tierra. En este siglo de hoy, las profecías de amor y de paz no son más que bellos sueños.²²

El día de Difuntos del año 14 trae a su memoria al último Larra. Solo que ahora ya no es únicamente Madrid, sino toda Europa, un inmenso cementerio:

Yo recordé un instante, un instante no más como visión de fantasma, los anchos cementerios de los campos de batalla europeos, y a falta de amigas y piadosas manos que acaricien las cruces, sencillas como lo fueron los funerales, vi a la madre Naturaleza consolarlos piadosa, ofreciendo no olvidarles y enviarles a la primavera la purpurina de sus mariposas, y las lágrimas de su rocío, y las luminarias de sus estrellas, y la luminaria de su sol.²³

EN CONCLUSIÓN

En estas breves reflexiones he pretendido mostrar ante todo a un Acín coherente con sus ideas sociales y políticas. Sus inquietudes en este campo le impulsaron a servirse del altavoz de la prensa —de modo prioritario, de las páginas de *El Diario de*

²² “Con cursiva del diez. Profetas”, *DH*, 1914.

²³ “Con cursiva del diez. Mañana Todos Santos”, *DH*, 1914.

Huesca, donde había comenzado sentando plaza de dibujante y caricaturista— para entrar en sintonía crítica con sus paisanos y ayudarles a descubrir los valores y las fallas de la vida colectiva.

Pero la escritura de Ramón Acín supera con creces los clichés de las prédicas costistas y la autocomplacencia social del costumbrismo decimonónico. Dentro de los comprensibles altibajos, derivados de la tardía e intermitente dedicación a la prensa del pintor oscense, sus artículos ofrecen una calidad literaria incuestionable que en modo alguno desdice los postulados vanguardistas de quien los suscribía como artista plástico. En este sentido, Ramón Acín se acogió al único radicalismo estético posible, el expresionismo literario alemán, el ismo más humano por cuanto admitía como cualidades indispensables del escritor la sinceridad, la espontaneidad y la implicación emocional en su obra. Pero también por una segunda razón de peso: porque los resultados artísticos y literarios del expresionismo bebían en las fuentes de la rica tradición del irracionalismo autóctono representada por el Bosco, por Quevedo y, sobre todo, por Goya, tradición que, en tiempos de Ramón Acín, estaban revitalizando insignes figuras contemporáneas como Valle-Inclán, Gutiérrez Solana o el mejor Sender.

CUATRO ARTÍCULOS DE RAMÓN ACÍN

1

“No riáis”, *La Ira*, 26 de julio de 1913.

No riáis, agustinos, escolapios, agonizantes, capuchinos, trapenses, dominicos, cartujos, carmelitas, jesuitas.

No riáis, los de los pies al aire con roña entre los dedos; los de los zapatones grandes y destartados; los de las botas lustrosas con hebillas relucientes; los de las barbas como anunciantes de específi-
cos; los de las caras afeitadas como toreros, y ademanes de sarasa de cine; los de las narices grandotas, salpicadas de granos como puño de bastón claveteado; los de la nariz afilada como picos de ave de rapiña; los del burdo sayal cuyo tosco tejido es nido de porquería; los de la sotana mugrienta manchada como trapo de cocina; los del manto de rico merino como el manto de viuda joven; los del cordel de cáñamo, que hoy es cinturón y mañana convertiremos en dogal; los que dejasteis la choza de Pedro el Pescador para instalaros en palacios de mampostería; los que abandonasteis el desierto de la Tebaida y los montes Armenios por las grandes urbes; los que arrancasteis los dientes a la calavera de San Jerónimo para poné-
roslos postizos, engarzados en oro, y poder sonreír delante de las señoras que os visitan; los que tiráis como desperdicios en vuestras cocinas lo que fue el único alimento de vuestros fundadores; los que quemasteis las antiguas cruces de madera para fundir la plata de los modernos crucifijos que os regalan

vuestras clientes de confesionario; los que dejasteis de hacer rosarios debajo de un árbol de amable sombra y junto a una fuente de clara agua para instalar fábricas de licores y chocolates.

No riáis, no riáis con vuestras bocazas grandes con dientes carcomidos, por donde eructan vuestros estómagos ahitos; no riáis, agustinos, escolapios, agonizantes, capuchinos, trapenses, dominicos, carmelitas, jesuitas, que no siempre el humo que salga por vuestras aspilleras, por vuestras rejas, por debajo de vuestras puertas blindadas, por los respiraderos de vuestros subterráneos, no siempre ese humo será de incienso; que día llegará en que de nuevo vuestras celdas, vuestras salas de rezos, vuestros comedores, vuestros salones de recibir, aparezcan culotados de humo y de llama como las pipas viejas de los viejos marinos.

2

“Lenguaje iconoclasta. La represión, forja de héroes”, *Lucha Social*, 18 de junio de 1921.

Quisiéramos que este escrito hiciera el efecto de un latigazo en pleno rostro al que lo leyere; quisiéramos que, todavía no repuesto de la brutal prevención, sus oídos escuchasen estas palabras nuestras como imprecaciones, como insultos, como blasfemias; quisiéramos que nuestro lenguaje despertase en el lector la cólera, la ira, la acometividad; pero a falta o en vez de estas manifestaciones viriles, momentáneas, ineficaces, queremos ver asomar a los rostros el rojo de la vergüenza y en las almas el noble sentimiento de humanidad y de justicia social. Queremos, en fin, despertar conciencias. Y si para ello recurrimos al grito como los energúmenos y los posesos es porque nuestros nervios vibran en su máxima tensión, y porque nuestros corazón y cerebro, congestionados en fuerza de acumular serenidad y paciencia, saltan y se desbordan por cima del cauce regular y ecuánime.

Vergonzosa e inicua es la represión que actualmente llevan a cabo los gobernantes azuzados por la fiera capitalista. Pero más vergonzosa es todavía la pasividad con que se contempla y la cobardía que supone el silencio de aquellos que están llamados a protestar si aún les quedan vestigios de eso que llaman libertad y derecho.

Ante el suicidio de la dignidad humana, ante la criminal indiferencia con que se acogen el dolor y el humillante éxodo de nuestros hermanos trabajadores, no queremos nosotros sumarnos al ambiente borreguil y lacayuno.

Elevemos nuestra voz de protesta iracunda y aportemos nuestro magnífico óbolo espiritual para hacer que nuestros camaradas y hermanos perseguidos tengan un lenitivo y un estimulante en su triunfal peregrinación de rebeldía.

En cierta ocasión leímos un libro del escritor ruso Korolenko en el que describía de un modo tan magistral y realista la represión tiránica de los zares con sus prisiones fortalezas, sus deportaciones a través de la estepa, sus tormentos, sus degradaciones y ejecuciones que todo aquello nos parecía terrible pesadilla, fruto no más que de la imaginación fogosa de Korolenko.

Tan trágicos, tan inhumanos eran los cuadros que el escritor nos muestra en su libro *El terror en Rusia* que nuestra sensibilidad, herida violentamente, hacía que no pudiéramos proseguir la lectura, húmedos los ojos, atenazada la garganta, agarrotados los nervios, oprimido el corazón.

Y, sin embargo, aquello no era solo literatura. Era la realidad en aquella época del imperio de los zares. La realidad que, cuando se acierta a plasmarla en el lenguaje escrito, da lugar a ese sublime

género literario capaz de hacer a los hombres pensadores y héroes. Vosotros, sensitivos, jeremíacos, que plañís como mujerzuelas por la actual suerte de Rusia, y por la suerte de los que en Rusia imperaron. Sois pobres víctimas de esta sociedad que os ha robado hasta la facultad de sentir, haciéndoos insensibles al inmenso dolor del antiguo mujik, e incapaces de comprender el valor y la grandeza de alma de un rebelde ruso de la época del imperio.

Nosotros, que la hemos vivido, porque la hemos sentido, toda esa grandeza y todo ese dolor del pueblo ruso despotizado, no podemos hacer otra cosa que compadecer vuestra incomprensión, si existe, despreciar vuestra mala fe, si la hay, y justificar, santificar los medios empleados por los revolucionarios rusos para extirpar tanta maldad e injusticia. Alguien ha dicho de la venganza que era placer de dioses. Nosotros somos humanos y la saboreamos también. El hecho de la revolución rusa nos parece divino.

Espartaco
Huesca

3

“Elegía por las arboledas tronchadas”, *El Diario de Huesca*, 1 de marzo de 1918.

¡Oh bosques rumorosos y frescos de la Flandes y la Champagne!

Arboledas de la Champagne y de la Flandes centenarias y altivas.

Bosques de árboles de troncos anchos y fibras duras segados como mieses de tallos febles.

Rastrojeras de campos de sembradura de titán.

Bosques sagrados; sagrados todos como el bosque Ortigia que vio nacer al hijo de dios de los bellos dioses y de Latona.

Árboles Briareos. Gigantes Briareos de los cien brazos, los cien nervudos y sudorosos.

Árboles cortados como cuellos cercenados borbotando la blanca noble sangre de la savia fecunda.

Almas buenas y humildes; vuestros verdugos serán malditos cual los verdugos cercenadores de las gargantas de las vírgenes y de los santos.

Árboles. Vuestros taladores y la descendencia de vuestros taladores recibirán castigos. Desoyeron las voces suplicantes de las hamadriadas, las ninfas del bosque, que tenían el hilo de su vida devanado en la maraña de vuestro ramaje.

Árboles. En el cilindro rugoso de vuestra piel curtida lleváis escrito un *noli me tangere* que parece clamar:

“Ten tu hacha, talador. ¿Quién dice que este árbol oloroso y esbelto no es aquel en que Dafne metamorfoseose huyendo de Apolo el dios?”.

“Guarda tu sierra, serrador. ¿Quién dice que el corazón de este árbol hospitalario no ocultó en sus entrañas viejas a Isaías el bueno, perseguido de los esbirros de Manasés?”.

“*Noli me tangere*. Ten tus manos; no desgajes las ramas de este árbol retorcido en espasmos de dolor. ¿Quién dice no cobijó el alma rebelde y bella de un suicida?”.

“Ten tus manos; ¿olvidaste el doloroso lamentar de los suicidas, convertidos en árboles del círculo dantesco?”.

“¿Por qué me tronchas? ¿Por qué de esta suerte me arrancas? ¿No tienes ningún resto de piedad?”

Tu mano debiera ser más piadosa, aunque hubiésemos sido almas de reptiles”.

Arboledas de la Champagne y de la Flandes.

Bosques de la Flandes y la Champagne.

Árboles.

Laurel de Apolo, mirto de Venus, álamo de Hércules, olivo de Minerva, encina de Júpiter, pino de Cibele.

Árboles.

Bajad en almadía por el río sangriento de la Europa en guerra para levantar con vuestras osamentas el catafalco de vuestros funerales.

4

“El nazareno abandonado”, *El Diario de Huesca*, 2 de marzo de 1918.

Hemos visto la procesión de Salas. Esta procesión cristiana es la más cristiana de las procesiones de nuestro pueblo. Si en alguna de ellas va el espíritu del Cristo, será en esta.

A la diestra y siniestra de un camino polvoriento y guijarroso, unas cruces de piedra, toscas y averiadas, levántanse como piedras miliarias de vía dolorosa.

La tarde nubosa, sin sol, con airera de azote disciplinando el sayal de una tierra parda y seca, era como anuncio de crucifixión de redentores.

La procesión hace alto ante las cruces del camino, y arrodillados ante ellas, rezan los misterios de la pasión del Galileo.

Componen la comitiva más cristiana de la capital un Nazareno desmayado bajo el peso de una negra cruz, tres curas justos y cabales, una docena corta de entunicados y cuatro pares de llorosas Marías, humildes mujerucas.

En la procesión más cristiana de la capital no se ven luises endomingados, ni Concejo con bandas, ni señoronas ni señorones. El camino de Salas donde se arrodillan los acompañantes del de Nazaret es polvoroso y guijarrento y cardos espinosos menudean en él.

En esa vía dolorosa de las cruces de piedra, desmochadas, nadie asoma por balcones entapizados ni por ventanas ataviadas con colchas de faralaes.

En la vía dolorosa del camino de Salas, no más Dios asoma por el ventanal de la Naturaleza, y eso es poco...

El Nazareno caminaba abandonado de sus ovejas; teníanlas en su aprisco los hijos de Loyola, que ante unos iconos no ciertamente de Berruguete ni de Forment, mostrábanles otras “Pequeñeces” de otros Colomas.